

La vocación del hombre es la vocación a la felicidad

1 Pautas para el catequista

Sentido del tema

■ El hombre quiere saber qué está bien y qué está mal

El hombre es la única criatura de cuantas conocemos capaz de preguntarse si lo que hace está bien o mal. Las acciones que dependen de su voluntad y que caen bajo su arbitrio son valoradas tanto personal como socialmente, y se dice de ellas que son buenas o malas. Esto es evidente; sin embargo, la gran pregunta que, en un momento u otro, todos nos hacemos es la de cómo saber cuándo realmente una acción es buena y cuándo no lo es.

Algunos han postulado la existencia de criterios morales objetivos (normas), a la luz de los cuales cada uno puede saber qué está bien y qué está mal. Basta con confrontar los actos con las normas y formular después un juicio: Si los actos se ajustan a la norma, serán buenas acciones; en caso contrario, serán malas.

Otros, en lugar de hablar de normas objetivas, prefieren hablar de principios que cada cual ha de tener interiorizados, a partir, sobre todo, de unos valores, aquellos que el individuo juzgue como más dignos de ser tenidos en cuenta para orientar su actuación personal.

Y podríamos seguir presentando la amplia gama que hay de planteamientos éticos, pero no es ni nuestro objetivo ni tampoco nuestro centro de interés. Remitimos para ello a la Guía para el catequista del catecumenado bautismal de adultos, *Yo soy el camino, la verdad, y la vida*, tema 32, páginas 240-255.

■ El Señor, que nos creó por amor, nos indica el camino de la felicidad

En la Sagrada Escritura encontramos muchas normas de conducta y también consejos y orientaciones para la vida. Las tenemos de todos los tipos y abarcan ámbitos y terrenos muy variados; desde las cosas más cotidianas y corrientes, hasta las más complicadas y complejas.

Ahora bien, la pregunta que algunas veces nos hacemos y que, desde luego, nos hacen es esta: *¿Por qué Dios tiene que decirnos a los hombres cómo debemos comportarnos?*; o, lo que es más difícil de aceptar: *¿Por qué es Dios quien ha de decir qué es lo que en sí está bien y qué no lo está?*

Se trata de una pregunta difícil de contestar en pocas palabras, y, por supuesto, no vamos a responderla ni a despacharla en unas pocas líneas. Nos limitaremos a decir que, cuando Dios se ha revelado, ha querido dar a conocer quién es Él y también cuál es su designio amoroso para con los hombres. Y reconocemos que lo que quiere del hombre, y el modo como le propone comportarse y actuar en esta vida, responde y es coherente con su íntima naturaleza y dignidad, queridas y pensadas por el Creador, y también que es el mejor camino para alcanzar la plenitud de sentido y, como consecuencia, la felicidad. Algo que todo hombre anhela y busca en lo más íntimo de su corazón.

Si queremos, pues, hablar de moral cristiana, nunca podremos perder la perspectiva de que lo que Dios quiere es la felicidad del hombre y que viva plenamente. Para que viviéramos y fuéramos felices, nos creó y nos invitó a la comunión y a la intimidad con Él. Y, cuando nos alejamos de Él por el pecado, nos rescató de la esclavitud, hizo una Alianza con nosotros, nos envió a su Hijo, Jesucristo, y nos dio, por último, también su Espíritu para que pudiéramos vivir su misma vida, la vida de los hijos de Dios.

■ Pero el hombre duda de la bondad de Dios y queda cegado para reconocer el bien

Esta propuesta de felicidad contrasta evidentemente con el misterio del Mal, que, en el fondo, lo que busca es hacer dudar al hombre de la bondad de Dios.

- Al dudar de su bondad, en primer lugar, es muy difícil que el hombre acepte los mandatos divinos como realmente buenos para sí y para el resto de sus congéneres.
- Y, en segundo lugar, es normal que se piense que nadie, ni siquiera Dios, puede tener la pretensión de decir qué es lo que más le conviene a cada uno. Es entonces cuando comenzamos a creer que nosotros mismos, sin necesidad de Dios, podemos determinar qué es lo que está bien y qué es lo que está mal, para después actuar en consecuencia.

El corazón del hombre, cegado por el egoísmo, la soberbia, la vanidad, la mentira, el odio, la codicia, la lujuria o por cualquier otra pasión, termina llamando bien a lo que no lo es y, casi sin darse cuenta, pasa a ser esclavo del mal y de la injusticia. Las consecuencias negativas, tanto para sí mismo, como para sus semejantes, son muchas y muy graves.

OBJETIVOS

- Ayudar a los niños para que crezca su confianza en la bondad de Dios.
- Ayudarles también a descubrir que Dios, lo único que quiere del hombre es que viva y sea verdaderamente feliz.

La Palabra de Dios nos dice

Los textos que presentamos intentan combinar el reconocimiento de la bondad de Dios con el reconocimiento de que sus mandatos son fuente de vida, de salvación, de felicidad y de dicha para el hombre que confía en el Señor y los sigue.

EL SEÑOR ME ACONSEJA Y ME INSTRUYE

«Protégeme, oh Dios, que me refugio en ti.
Yo digo al Señor: "Tú eres mi dueño, mi único bien;
nada hay comparable a ti". [...]

Bendeciré al Señor que me aconseja,
¡hasta de noche **instruye mi conciencia!**
Tengo siempre presente al Señor:
con él a mi derecha **jamás sucumbiré.**
Por eso se me **alegra** el corazón,
exultan mis entrañas,
y todo mi ser **descansa tranquilo;**
porque no me abandonarás en el abismo,
ni dejarás a tu fiel sufrir la corrupción.
Me enseñarás el sendero de la vida,
me **llenarás de gozo** en tu presencia,
de felicidad eterna a tu derecha.»

(Salmo 16 [15],1-2.7-11)

EL SEÑOR ES MI PASTOR

«El Señor es mi pastor, nada me falta [...],
me conduce junto a aguas tranquilas
y repone mis fuerzas.
Me guía por la senda del bien,
haciendo honor a su nombre. [...]
Tu amor y tu bondad me acompañan
todos los días de mi vida;
y habitaré en la casa del Señor
por días sin término.»

(Salmo 23 [22],1.3.6)

DICHOSO EL HOMBRE QUE SE ACOGE AL SEÑOR

«Gustad y ved qué bueno es el Señor,
dichoso el hombre que se acoge a él. [...]
Venid, hijos, escuchadme:
voy a enseñaros el temor del Señor.
¿Quién hay que ame la vida y desee ver días felices?
Guarda tu lengua del mal, tus labios de la mentira,
apártate del mal y haz el bien,
busca la paz y corre tras ella.»

(Salmo 34 [33],9.12-15)

DAME VIDA CON TUS MANDATOS

«Jamás me olvidaré de tus decretos,
pues **por medio de ellos me has dado la vida.** [...] Tu ternura es inmensa, Señor,
dame vida con tus mandamientos. [...] Mira cómo amo tus decretos,
por tu amor, Señor, dame vida.
Tu palabra se funda en la verdad,
tus justos mandamientos son eternos. [...] **Los que aman tu ley gozan de paz abundante,**
nada los hace tropezar.
Espero tu salvación, Señor, sigo tus mandatos.»

(Salmo 119 [118],93.156.159-160.165-166)

FELICES LOS QUE ESCUCHAN LOS MANDATOS DEL SEÑOR

«Si escuchas los mandamientos del Señor tu Dios que yo te prescribo hoy,
amando al Señor tu Dios, siguiendo sus caminos
y observando sus mandamientos, sus leyes y sus preceptos,
vivirás y serás fecundo, y el Señor tu **Dios te bendecirá** en la tierra
a la que vas a entrar para tomar posesión de ella.»

(Dt 30,16)

El Catecismo nos enseña

- El hombre tiene un deseo natural de felicidad. Este deseo es de origen divino: Dios lo ha puesto en el corazón del hombre a fin de atraerlo hacia Él, el único que lo puede satisfacer. (Cfr. CCE 1718)
- Dios nos llama a compartir su propia felicidad o bienaventuranza. Esta vocación se dirige a cada uno personalmente, pero también al conjunto de la Iglesia, pueblo nuevo de los que han acogido la promesa y viven de ella en la fe. (Cfr. CCE 1719)
- Semejante felicidad supera la inteligencia y las solas fuerzas humanas. Es fruto del don gratuito de Dios. Por eso la llamamos sobrenatural, así como la gracia que dispone al hombre a entrar en el gozo divino. (Cfr. CCE 1722)

2 Desarrollo de la catequesis

Punto de partida

Quiero ser feliz, ¿cómo puedo conseguirlo?

- Se puede comenzar con una dinámica que ayude a los muchachos a descubrir el contraste entre la oferta de felicidad que Dios nos hace y otras opciones.
 - En la pizarra o en un mural se pueden escribir palabras como “felicidad”, “dicha”, “suerte”, “alegría”, “gozo”, “libertad”, “bien”.
 - Invitamos a los chicos del grupo a que lean detenidamente las palabras y a continuación les preguntamos: ¿Cómo hacemos (o como hace la gente, niños o adultos) para conseguir ser felices, dichosos, afortunados, alegres, libres, buenos?
 - De todos los caminos que hayan propuesto, les invitaremos a que distingan cuáles de ellos nos conducen a una felicidad planteada de forma egoísta, y cuáles, en cambio, buscan una felicidad pensando en los demás y no tan solo en uno mismo. Se les puede preguntar en concreto: ¿Si seguimos este camino para llegar a la felicidad (que consiste en hacer...) tendremos cada día más amigos, seremos más solidarios con los que sufren, nos preocuparán también los que tienen peor suerte que nosotros, o, por el contrario, nos estaremos volviendo más egoístas, competidores con los demás, recelosos de cuantos nos rodean, etc.? ¿Por qué?
- Podemos partir directamente observando las ilustraciones y dialogando con las preguntas de la página 5 del libro del niño.

Mensaje cristiano

Dios quiere nuestra felicidad y nos muestra el camino para encontrarla

- El catequista encontrará en las páginas 6 y 7 del libro del niño una serie de enunciados que encabezan, respectivamente, un texto bíblico.
- Con todos ellos, lo que se pretende es hacer un recorrido a lo largo de la historia de la salvación, para que los niños comprendan que Dios ha querido revelar al hombre el camino de la felicidad y de la vida.
- Así pues, el catequista puede ir escribiendo cada uno de los enunciados en la pizarra o en un mural; luego, invitará a un niño del grupo a que lea de uno en uno los textos de la Biblia; y, posteriormente, los comentará y explicará hasta que vea que los chicos han entendido más o menos la idea.

El Catecismo nos recuerda

La felicidad plena es la comunión de vida con Dios

- Cfr. página 8 del libro del niño.

Expresión de la fe

- La sesión puede concluir recitando juntos el salmo 16 (15), o con un canto apropiado. Recomendamos: "Amaos unos a otros" (V. Morales. Ediciones Musical PAX. Madrid 1975). Cfr. página 8 del libro del niño.
- También cabe leer el testimonio de alguien que confiese cómo ha encontrado la verdadera felicidad en su vida, al obedecer y cumplir la voluntad de Dios; por ejemplo, la siguiente poesía de san Agustín. Una vez leída se puede dejar un rato de silencio; y, por último, proponer a los chicos que ellos compongan una oración similar.

Tarde te amé

¡Tarde te amé, belleza infinita tarde te amé.
Tarde te amé belleza siempre antigua y siempre nueva!
Y supe, Señor, que estabas en mi alma y yo estaba fuera,
así te buscaba mirando la belleza de lo creado.
¡Tarde te amé belleza infinita, tarde te amé.
Tarde te amé, belleza siempre antigua y siempre nueva!
Señor, tú me llamaste, tu voz a mi llegó, curando mi sordera;
con tu luz brillaste, cambiando mi ceguera en un resplandor.
¡Tarde te amé belleza infinita, tarde te amé.
Tarde te amé, belleza siempre antigua y siempre nueva!
Tú estabas conmigo, mas yo buscaba fuera y no te encontraba,
era un prisionero de tus criaturas, lejos de Ti.
¡Tarde te amé belleza infinita, tarde te amé.
Tarde te amé, belleza siempre antigua y siempre nueva!
Hasta mí ha llegado el aroma de tu gracia, por fin respiré.
Señor, yo te he buscado, siento hambre y sed, ansío tu paz.
¡Tarde te amé belleza infinita, tarde te amé.
Tarde te amé, belleza siempre antigua y siempre nueva!

San Agustín